



Pentecostés 2010

La venida del Espíritu Santo sobre todos los discípulos es la conclusión de la obra de Jesús, y representa, por tanto, la consumación de la encarnación y de la redención. Jesús murió y resucitó para comunicarnos el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el don por excelencia del Salvador.

El Evangelio de Juan cuenta que Jesús acude al lugar donde se encuentran los discípulos: un lugar cerrado, porque tienen miedo de los judíos. Pero no hay obstáculos para el Resucitado, que se hace presente y visible en medio de los discípulos y les dice: "Paz con vosotros".

Dicho esto, les mostró las manos y el costado». Así pone de manifiesto Jesús el vínculo entre sus llagas redentoras y los dones de la paz y del Espíritu Santo que va a dar a sus discípulos; son dones que Jesús les comunica gracias a su victoria sobre el mal y sobre la muerte.

Jesús transmite a sus discípulos el don del Espíritu Santo con el gesto de exhalar su aliento sobre ellos, cuyo significado explica con sus palabras dotadas de eficacia: «Recibid el Espíritu Santo». Es como una nueva creación. El libro del Génesis cuenta que Dios, para crear al hombre, lo modeló con el polvo de la tierra y después soplo sobre él a fin de hacerle un hombre vivo y dotado de un alma que le hace imagen y semejanza de Dios.

El evangelista había aludido ya al don del espíritu en el momento de la muerte de Jesús: en vez de decir que Jesús «expiró», había dicho: «Jesús entregó el espíritu». Jesús transmite el Espíritu Santo por medio de su muerte redentora.

El signo del aliento exhalado por Jesús expresa el vínculo del Espíritu con la resurrección. El Espíritu es el gran don que había prometido Dios por medio del profeta Ezequiel con estas palabras: «Yo mismo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestros sepulcros... Os infundiré mi espíritu y viviréis» (Ez 37, 12-14). «Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo... y haré que viváis según mis mandamientos» (Ez 36, 26-27). Se trata de una renovación completa de la naturaleza humana herida por el pecado; de una restauración maravillosa, más bella que la misma creación originaria.

Jesús muestra, a continuación, que el Espíritu Santo es un Espíritu que purifica y restaura, que da a los apóstoles la capacidad de perdonar los pecados de una manera eficaz: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos».



El perdón de los pecados es el contenido esencial de la misión a la que Jesús envía a la Iglesia como él había sido enviado por el Padre. Para esta misión, imposible para el hombre, Jesús nos ha entregado su Espíritu. Y ya en el primer anuncio apostólico, después de Pentecostés, Pedro responde a la pregunta: ¿qué tenemos que hacer?, afirmando claramente: “Arrepentíos y bautizaos cada uno en el nombre de Jesucristo, para que queden perdonados vuestros pecados. Entonces recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hech 2, 37-38).

La entrega del Espíritu Santo para el perdón de los pecados implica también una relación inseparable entre el Espíritu y la Eucaristía, instituida por Jesús como sacrificio de su sangre de la nueva alianza derramada en la cruz para el perdón de los pecados. Y el don del Espíritu para perdonar o retener los pecados ofrece fundamento al juicio que la Iglesia realiza sobre los pecados en el sacramento de la penitencia.

El relato de los Hechos de los Apóstoles muestra otros aspectos del don del Espíritu Santo. Esta vez se trata de una manifestación plenamente visible, más aún, impresionante, que tiene lugar de diferentes maneras.

La primera es la de un «viento recio». Se habla aquí de un viento que provoca un fuerte ruido, de una especie de tempestad, que viene para comunicar el soplo de Dios a los apóstoles y, a través de ellos, a todo el mundo. La palabra hebrea usada para decir «Espíritu» es la misma con la que se designa el «viento».

La segunda manera de la manifestación del Espíritu es la aparición de unas lenguas de fuego. Aquí aparece un doble símbolo: el de las lenguas y el del fuego. Las lenguas manifiestan que el Espíritu da la capacidad de comunicar la palabra de Dios. De hecho, los apóstoles, llenos del Espíritu Santo, empiezan a hablar en lenguas inmediatamente después. No se trata aquí de un lenguaje simplemente humano, sino de un lenguaje divino, que pasa a través de las personas llamadas a comunicar la Palabra de Dios: «Se llenaron todos de Espíritu y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, según el Espíritu Santo les permitía expresarse». Este lenguaje es un lenguaje de fuego, que comunica calor, un lenguaje que inflama para transformar todo el mundo.

La escena siguiente manifiesta la acción del Espíritu destinada a reunir a todos los hombres dispersos en diferentes naciones y que hablan lenguas diversas. Esta escena tiene una relación evidente con el episodio de la torre de Babel. En Babel, los hombres que antes hablaban una sola lengua, ya no podrían entenderse entre sí, porque hablaban lenguas distintas; así se dispersaron y no pudieron realizar la obra común que habían proyectado. El día de Pentecostés, por el contrario, personas procedentes de todas partes del mundo entran en relación entre sí gracias a la acción del Espíritu Santo. El Espíritu no destruye las lenguas; su propósito es que las personas de todas las naciones entiendan el mensaje de los apóstoles. En consecuencia, la acción del Espíritu Santo restablece la unidad entre los hombres, pues el Espíritu Santo es un Espíritu de amor, que une y hace vivir en la armonía y en el amor recíproco.



Pablo dice, en la segunda lectura, algo semejante. Habla de los carismas, de los dones del Espíritu Santo, e insiste en la unidad que lleva a cabo el Espíritu, que es al mismo tiempo promotor de unidad y de diversidad. El Espíritu promueve la unidad, porque es uno solo: «Existen carismas diversos, pero un mismo Espíritu». El Apóstol explica en otro versículo que el único y mismo Espíritu distribuye a cada uno sus dones como quiere (cf. 1 Cor 12,11).

El Espíritu promueve la diversidad, porque sus dones están diferenciados de una manera maravillosa; corresponden a las necesidades de cada uno, de la Iglesia y de todo el mundo. Desde esta perspectiva, podemos comparar el Espíritu con el agua. El agua, en efecto, es un elemento que sigue siendo siempre el mismo, pero que produce efectos muy diversos: alimenta a todas las plantas según la diversidad de sus especies, da también lo necesario para la vida a los hombres y a los animales. De manera semejante, el Espíritu Santo es siempre el mismo, aunque también es fuente de diversas formas de vida y actuación de los miembros del Cuerpo de Cristo.

Además, Jesús ha establecido una relación necesaria y más íntima entre el agua y el Espíritu en orden a la entrada en el Reino de Dios por el bautismo. En consecuencia, el apóstol Pablo ha podido decir que «todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu», y que «hemos bebido de un solo Espíritu». Y el evangelista Juan nos ha referido la palabras de Jesús: “Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba... de lo más profundo de todo aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva. Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él” (Jn 7, 37-39). Así aparece el agua como signo del Espíritu, igual que en el bautismo.

San Pablo afirma que, así como el cuerpo, aun siendo uno, tiene muchos miembros, y todos los miembros, aun siendo muchos, forman un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo. Por eso debemos vivir en la unidad. Los dones del Espíritu Santo son de una diversidad extraordinaria, pero todos contribuyen a la unidad.

Debemos anhelar y pedir al Señor el Espíritu Santo, que nos enseñe a orar como conviene. El Espíritu presente en nosotros nos enseñará a ser dóciles a sus inspiraciones, para cuidar más nuestra renovación interior; para ser animados por el amor de Dios en todos nuestros sentimientos, juicios y actuaciones; y a fin de disponer en nosotros de su fuerte impulso hacia una vida verdaderamente santa y digna de los hijos de Dios: una vida de amor, que es participación en la vida de la Santísima Trinidad y nos hace tomar parte en la misión de la Iglesia y ser testigos del Espíritu de Dios en medio del mundo.

La Iglesia vive de la Eucaristía, que contiene a Cristo mismo por obra del Espíritu Santo. La Eucaristía es la principal obra permanente del Espíritu Santo; por ello, la Iglesia vive del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, es el principio de su vida y misión.